



La TRATA de personas: la ESCLAVITUD del siglo XXI

Por: Sara Vázquez.

La Trata de personas es uno de los mayores azotes del siglo XXI; es un tema que requiere responsabilidad y del que no podemos estar ajenos. Urge conocerlo para poder contribuir a una mayor toma de conciencia, y sensibilizarnos con lo que acontece a muchas personas en el mundo de hoy.

La dignidad es una característica de la persona ligada al hecho de existir. Sólo si la dignidad de la persona es entendida desde esta perspectiva es posible el respeto mutuo. El hombre se manifiesta como individuo. Es por esto que al no respetar la voluntad del otro, no lo respeto como un individuo con facultades propias, sino que lo utilizo.

La persona tiene un valor absoluto, es decir, no es un medio para mis propios fines sino que es un fin en sí misma. Si no me puedo reconocer a mí mismo como persona con una dignidad inherente, no podré reconocer al otro. Vivimos actualmente en una cultura que olvida la dignidad y las necesidades más subjetivas del ser humano, tales como el amor, la autoestima y el reconocimiento. Las nuevas generaciones tienen acceso a todo lo científico y comprobable, conociendo eso como su única verdad.

Otro problema con el que nos enfrentamos es el relativismo. La persona tiene la capacidad de conocer la verdad y con su voluntad elegir el bien. Pero si la verdad es relativa, el bien que elija también es relativo. Los padres de familia, en muchas ocasiones, se han querido convertir en amigos de sus hijos y debido a ello les da miedo educar en la verdad, por pensar que es una imposición a los menores cualquier educación ética, moral o religiosa.

La voluntad se determina por la inteligencia mediante las conclusiones y los juicios, por lo tanto, la falta de educación también influye pues, en muchos casos, parte de la población carece de una real capacidad de juicio y raciocinio, tomando así malas decisiones que cortan la libertad del otro para alcanzar sus propios fines.

Es por ello necesario retomar desde la familia la educación en los valores y la formación de la voluntad, ya que de ella se obtiene la seguridad y la confianza en sí mismo sin necesidad de buscar aprobación por fuera, a través de sentir poder sobre otros. Esta es la tarea que ha venido descuidando la familia y que es urgente retomar para recuperar el valor del individuo en la sociedad.

La ausencia de valores y el utilitarismo, entre otros elementos, permiten vender personas, convirtiéndolas en objetos para obtener un beneficio, desechando la ética universal que reconoce los derechos inamovibles de todo ser humano, de ahí parte el problema de la trata de personas. En muchos casos, se ha fallado en educar a los jóvenes en los valores fundamentales e incuestionables, lo que ha llevado a un aumento en la delincuencia y a la desvalorización de la persona.

Generalmente, los padres quieren lo mejor para sus hijos pero el problema radica en que muchos no les están ayudando a madurar del todo y, consintiéndolos de manera excesiva, muchos niños y jóvenes llegan a pensar que se merecen todo sin dar nada a cambio y, en alguna medida, algunos se vuelven egoístas, intolerantes, groseros, prepotentes y vulnerables. Algunos de ellos se tornan presa fácil de la manipulación. Esta realidad es inherente al mundo de hoy y debemos tenerla presente en cualquier latitud donde vivamos. Los padres tienen la obligación de cuidar debidamente a sus hijos, ello incluye cubrir sus necesidades afectivas sin caer en los extremos de la sobreprotección. Además, se debe promover la escucha de padres a hijos, pues cada uno tiene un mundo adentro que necesita expresar.

Si Jesús viniera hoy a la tierra y caminara nuevamente por calles y barrios observaría a personas que disfrutaban el placer encontrado en un momento fugaz y también vería a otros sumidos en el miedo y la amenaza. Preguntémoslos, ¿qué diría Jesús frente a tanto drama? Él diría: “Se los dije que se quisieran. Ámense como yo los he amado”.

¿Y si entrando en las familias, viera la violencia más cruel sobre la mujer, los hijos, la destrucción de las relaciones entre esposo y esposa, el abandono de los niños? ¿Qué diría Jesús ante este cuadro desolador? El diría: “Se los había dicho que se amaran, no lo hicieron, miren ahora las consecuencias”. Sí, así diría Jesús frente a éstas y a las más graves situaciones del mundo actual. Pero su palabra no es sólo un lamento de lo que no se ha hecho. Él la repite hoy y en serio. Porque Él murió, pero resucitó y, como prometió, está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo. Amar hasta que duela solía decir la Madre Teresa de Calcuta, cuando en medio de la miseria diaria no se cansaba de amar. Duele ver el dolor de los demás, el sufrimiento ante la opresión, la injusticia y tanto desamor. De hecho, frente al gran misterio del dolor nos quedamos desorientados.

Este debe ser nuestro reto: superar la indiferencia y abandonar nuestra postura de simple espectadores para ser actores concretos desde nuestros movimientos, nuestras familias y nuestra casa.

El Papa Francisco nos invita a no lavarnos las manos ante el sufrimiento de los demás. Es nuestra oportunidad, no la dejemos pasar.